

LOS ORÍGENES*

Humberto Salvador – José de la Cuadra – Augusto Sacoto
Arias – Aníbal Villacís – Dr. Jorge E. Adoum (Mago JEFA)
(I) – Raúl Andrade – César Dávila Andrade – Joaquín
Gallegos Lara.

La bibliofagia, que iba a ser dolencia incurable, se me presentó, en su forma actual, a la edad de trece años con el síntoma de devorar los manuales del colegio en lugar de adaptar su lectura al ritmo de las clases. Pero ya había advertido trastornos desde la infancia. Tenía, en mi escolita de Ambato, a los seis años, un profesor de Historia Sagrada: verdadero novelista oral, describía en sus detalles más mínimos el paisaje de Jerusalén, las tiendas de los pastores de Beersheva, las túnicas y trajes y su manera de caer en pliegues en los que se reflejaba la luz, el modo de andar de los camellos y, por cierto, el rostro de las personas. Cierta tarde, mientras nos contaba la historia de José y sus hermanos —suscitando, en mi recuerdo, mayor interés que la versión caudalosa de Thomas Mann que leí treinta años después—, sonó la campana que llamaba a recreo cuando José era vendido a unos mercaderes. Le pedimos que continuara su relato puesto que parecía llegar al desenlace de la historia. Nuestra aula, contigua al patio, tenía la ventana abierta. Y cuando los alumnos de otros cursos —en el momento en que los once hijos entregan al viejo Jacob la túnica de José, manchada con la sangre de un cordero— vieron que llorábamos, se burlaron, diciéndonos: «¡Mariquitas! ¡Llorando porque los han dejado sin recreo!». Y ninguno, ni uno solo, de nosotros, prefiriendo que nos trataran de maricas, tuvo el valor de decirles que era por ternura y solidaridad con José,

* Los capítulos llevan títulos de otros textos míos sin que haya entre ellos relación alguna, ni temática ni temporal.

el menor, el generoso, por pena de Jacob, por odio a la injusticia y la crueldad, por rabia contra el poder y abuso de los mayores, entre ellos nuestros compañeros de recreo. Como si ya, a esa edad, supiéramos o intuyéramos que esos sentimientos son de otro tiempo, son mal vistos, ya no se usan, son cosa de mu-

¹ J. E. A., «Javier Villafañe, en Marte, un lunes», *Diners*, 169, junio de 1996, pp. 26-28.

jer...¹. Pero me descubrí una pasión, que resultó incurable, por el relato y un instinto: la poesía. (Terminé la primaria, en Quito, a los once años con un profesor que me daba clases en casa. Admirador fervoroso de mi

padre y de su ciencia, ante la imposibilidad de encontrar en el país los libros que hallaba en su biblioteca, se inventó una taquigrafía de uso personal para copiarlos en decenas de libretas. Un día, cuando el vicio de la lectura comenzaba a transformarme en un adicto a ella, como a una droga fuerte, en una librería, cuyo propietario me permitía hojear libros sin comprarlos, encontré *Florilegio de amor*, un volumen de poemas eróticos, escritos por mi maestro. Lo observé detenidamente al día siguiente y me di cuenta de que era cetrino y adiposo, de que sudaba demasiado, de que tenía el pelo lacio y sucio de grasa el cuello de la camisa; recordando sus versos, la palabra obsceno cobró cuerpo, su cuerpo, y su voz comenzó a parecerme repugnante al imaginarla pronunciando esas palabras cuyo significado imaginábamos antes de saberlo. Lo que me espantó de su libro no fue la descripción de la cópula, confusamente intuita a esa edad con miedo, sino imaginar cómo serían las mujeres capaces de acogerlo, ensuciándose abrazándose a su cuerpo obeso... De allí viene, sin duda, esa exigencia obsesiva de la estética absoluta en el amor, que va del rostro al cuerpo a la risa a la ropa). Dado que mis padres jamás pusieron los pies en la escuela de sus hijos, cuando cursaba yo el tercer año de secundaria, en el Colegio San Gabriel, con los jesuitas, asistía a

las reuniones del Comité de Padres de Familia de una escuela fiscal como representante de mis dos hermanos, Haendel —que siempre ha firmado Handel— y Wagner (supongo que la tradición, por la cual el primogénito debe llevar el nombre del padre, me evitó llamarme Mozart o Liszt), apenas tres y cinco años menores que yo. Los profesores me demostraban paternal afecto (salvo una maestría que entonces era la más linda de todas las mujeres, porque era para mí la primera mujer sobre la tierra: las de antes eran la madre, la abuela, la tía, la hermana, que no son mujer, y las cocineras y criadas tampoco eran mujeres todavía, y cuya hermosa coquetería no tenía, por suerte, nada de maternal). Tras una de aquellas sesiones los profesores me retuvieron a conversar, con pan y café, y al hablar de lecturas el director, que tenía algo de batracio por su boca y de pájaro por sus anteojos, me recomendó entusiasta y me prestó *Cumandá*, de Juan León Mera. La leí en dos días —supongo que habrá sido un fin de semana, sin clases—, apasionado por ese «drama entre salvajes», y al devolvérsela no creyó que la había leído en tan poco tiempo, pese a hacerle un resumen del argumento y recordar textualmente algunas frases. Con una risa que era burla y censura a la vez, me castigó (yo habría podido ser un retrasado alumno suyo de sexto grado) no volviendo a prestarme libro alguno.

Para entonces vino a vivir con nosotros un hermano de madre, hijo de un primer matrimonio suyo, quien compraba, regularmente, para los chicos una revista infantil chilena, *El Peneca*, a nuestra madre, una femenina, *Para ti*, creo que cubana, y para él *Leoplán*, argentina, que traía una novela íntegra en cada número. Allí conocí, en hermoso e inevitable desorden —primero *Los Miserables* y después *Los tres mosqueteros*; a Raskolnikov antes que al Capitán Nemo, a Stendhal después de Juan Valera...—, todo lo que se podía encontrar en Ecuador de la

novela del siglo XIX. Leía una por semana durante el periodo escolar y una al día en las vacaciones: éramos pobres, sin hacienda ni amigos que tuvieran una y, aunque por entonces no era moda ni costumbre, tampoco teníamos nadie que nos llevara a la playa. Semejante ritmo de lectura fue posible, a más de *Leoplán*, porque volvía del colegio a casa —unos tres kilómetros— a pie, mañana y tarde, ahorrando así treinta centavos diarios lo cual, sumado a los que tomaba indebidamente del monedero de mi padre, me permitía comprar cada semana un volumen de la Biblioteca Sopena. Además, coleccionaba sellos de correo y llegué a tener todos los de Ecuador, excepto uno, cuya emisión había sido retirada el día mismo de su puesta en circulación a causa de un error de imprenta, por lo que existían en el mercado apenas tres o cuatro ejemplares, a un precio no solo imposible sino incluso inconcebible para un muchacho. Un vecino me propuso, supongo que equitativamente, cambiar mis estampillas por su «biblioteca», que resultó ser unos cuantos libros que no alcanzaban a llenar una tabla de una estantería común. Con todo ello junto, hacia el final de la adolescencia Balzac comenzó a sugerirme cierto desprecio por una burguesía que yo encontraba, empequeñecida, en la sala de mi casa; Salgari me embarcó hacia los mares del Sur y el Caribe y viajé a la pampa argentina con *El inglés de los güesos* y *Los caranchos de la Florida* de Benito Lynch y terminaba cada obra de Dostoievski dando puñetazos en el suelo y las paredes... Fue así, también, como me enamoré, con un amor para siempre —o sea con amargura, celos, reconciliaciones y llanto—, de Madame Bovary, a quien amo todavía, con amor adulto, por sobre todas las mujeres que he amado.

Y a todo esto, ¿la poesía? Debo haberla llevado muy adentro, maravillándome y doliéndome, pues resistió a un castigo que me impuso, por haberme portado mal, un sacerdote

jesuita: aprender de memoria, de un día para otro, dos páginas de la *Divina Comedia*, con lo cual habría podido odiar para siempre al profesor y el colegio, a Dante, su obra maestra y la poesía en general. Menos mal que, casi en seguida, llegaron San Juan de la Cruz y Quevedo, y aunque había que leer al Padre Coloma, di con el soneto perfecto de la lengua española («No me mueve, Señor, para quererte/ el cielo que me tienes prometido,/ ni me mueve el infierno tan temido/ para dejar, por eso, de ofenderte».) y con la inútil e innecesaria cavilación para saber si era de Santa Teresa o de San Juan de la Cruz. (Tan adentro..., que mi primer amor —una muchacha casi de mi edad pero mucho mayor en el conocimiento del cuerpo—, se acabó, no como sostuve entonces y conté alguna vez, a causa de las cuatro o cinco faltas de ortografía por cada renglón de su única carta sino, más bien, porque adjuntaba, copiada por ella, o sea con igual número de faltas, *Las abandonadas*, de Julio Sesto. Eso, aun cuando no hubiera leído todavía poemas de Darío, de José Asunción Silva [sólo el *Nocturno*, cuya música, calculada y lograda, aumentaba la desolación de la viudez y de la muerte] y trozos de Whitman, era imperdonable. Ahora, pese a que, al recordarlo, me suena desagradable en los oídos el retintín de sus hemistiquios —«Cómo me dan pena/ las abandonadas/ que amaron creyendo/ ser también amadas/ y van por la vida/ llorando un cariño,/ recordando a un hombre/ y arrastrando a un niño»—, me digo que fue un generoso gesto de amor, aunque en ese momento no lo haya comprendido).

En quinto y sexto cursos, ya en el Instituto Nacional Mejía, nuestro profesor de literatura fue Humberto Salvador, quien me abrió su inmensa biblioteca: así me enteré, a diferencia de mis compañeros, de la existencia de Joyce, Proust y Kafka, antes de que fueran traducidos al castellano. Admiraba a Salvador como novelista: sabía que había escrito varias obras de

teatro, pero sólo conocía de él *En la ciudad he perdido una novela*, *Trabajadores*, *Noviembre*, y la primera página de verdadera literatura erótica que leí en mi vida fue la primera de su novela *Camarada*. Pero, a más de admiración, sentía gratitud por su *Esquema sexual*: ese libro suscitó mi pasión por el psicoanálisis conciliado con el marxismo, y aumentó la que ya tenía por la literatura: me sentí, a los dieciséis años, en posesión de las llaves del mundo, con las que creí que abriría todas las puertas de la realidad, sin imaginar que un día cambiarían las cerraduras. Y Humberto Salvador, para algunos «terror de padres y maridos», para otros «militante irreductible, agitador de masas,

² En *El nuevo relato ecuatoriano*, 2ª ed., Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958, pp. 155-156.

apóstol y líder de la revolución social», según recuerda Benjamín Carrión², se volvía inexistente, se borraba a sí mismo, tímido hasta la anormalidad con las mujeres, incluso frente a dos alumnas, compañeras mías, quienes, lejos del menor rubor que se suponía debían causar en las jóvenes sus novelas, se burlaban femeninamente de él; y jamás asistió a una manifestación pública ni a una asamblea sindical: por eso, porque era tímido y temeroso. (Terriblemente sensible. En el prólogo a un volumen de *Cartas a Benjamín* recordaba yo que, a estas alturas de la crítica y de la escritura, pueden hacernos sonreír la insistencia y el fervor con que José Diez Canseco reprocha a Humberto Salvador emplear la imagen de un coctel —«lo más antiproletario del mundo»— en un párrafo de *Camarada*: «Cuando la golondrina del beso oculta su ala en nuestras bocas ambos sentimos la amargura de la miseria. Se combinan el dolor de un hombre sin trabajo y la pena de una obrera oprimida. El fruto es un cocktail ácido que lo tomamos en la copa del corazón». Y le pregunta, también: «Y el resto del cuerpo, por los clavos de Cristo, ¿dónde lo mete el pajarito?». Y